

UNA ETERNA ESTUDIANTE UNIVERSITARIA

Relato escrito por Mónada.

El día llegó, tan temprano como el sol en el amanecer. Yo estaba contenta pero asustada a la vez, temía desconocer los presupuestos que ya mis compañeros sabían, eran ellos muy adultos y algunos con cabellos blancos y títulos universitarios alternos; en cambio yo, alejándome de la adolescencia y esperando solo cuatro meses para ser mayor de edad me disponía un sábado a las 7 a. m a presentarme al frente de todos mis compañeros y del primer profesor universitario que vería a mis 17 años.

Entendía que había iniciado la vida universitaria, pero no sabía qué me depararía dicho mundo. Me cuestionaba frecuentemente si había elegido bien mi carrera o si estaba en el camino incorrecto; empero, solo estaba segura de que era joven y que la universidad estaría siempre para mí como una madre que abraza a su hijo sin importarle su edad. La Universidad es una especie de magia eterna; el universo en la tierra que dispone al ser humano toda la variedad de conocimientos existentes.

Luego de haber terminado mi primera clase universitaria me encaminaría yo a regresar a mi casa. Recuerdo haber tomado una escalera eléctrica que dirigiría al metro, en ella se colaba un rayo de sol que entraba por la rejilla de la estación, coloreándose ante mis ojos un tenue amarillo azafrán. Nunca podré olvidar ese momento tan figurativo, donde me sentí confundida, pequeña ante la grandeza de la universidad, ¡Tanto que ese día me subestimé! Había sido fuerte mi primer encuentro universitario, mis compañeros conocían más, argumentaban, ejemplificaban, e incluso, refutaban, parecían filósofos debatiendo con sofistas, mientras yo solo escuchaba sin entender. En esa escalera me cuestioné ¿Será esto para mí?

Había elegido una carrera fuerte, donde se requería leer y pensar día y noche, era una carrera atípica pero muy hermosa; de hecho, la elegí porque no era muy común entre las opciones de los estudiantes, ¡Aunque pensándolo ahora, creo que la preferí por curiosidad! Mi carrera tenía una gran ventaja, era presencial y dictada una vez a la semana, es decir, solo tendría que ir a estudiar a la universidad los sábados; pero mi mamá un poco preocupada por todo el tiempo de ocio que tendría me dijo: “Tienes una semana entera libre, tendrás que

trabajar”. Al oír eso me desconcerté, pues no me sentía preparada para trabajar, pero sí para estudiar.

La verdad es que el mundo académico me atrapó, las universidades me embelesaban, pues me hacían sentir plena y culta; por ello, decidí postularme en otra universidad, así tendría ocupada toda la semana, solo libraría el domingo ¡Pero caramba! ¿El domingo era para descansar o para hacer mis tareas universitarias? Pues el domingo resultó ser un híbrido de quehaceres, dormía hasta más no poder porque toda la semana y el sábado tenía que despertarme a eso de las 6 a. m, aunque paradójicamente me acostaba muy tarde porque eran muchas tareas, al fin y al cabo, estaba cursando en mi primer semestre alrededor de trece asignaturas incluyendo griego.

Al ser admitida en mi segunda carrera salté de emoción; de hecho, sentía que había un gran balance en mi vida, pues eran carreras distintas que se complementarían al final. ¡Yo amaba la universidad, era mi segunda casa! Ambas eran especiales para mí, pero cada una tenía particularidades: Una era concurrida, grande y con un jardín frondoso para la especialidad de biología; otra, era más solitaria, con un fresco aire y con una vista magistral hacia una montaña que ilustraba poesía. Amaba estar en ellas, conocer gente y aprender.

Poco a poco fui haciendo de mis dos universidades mi templo sagrado, allí me sentía confiada, respetada y viva; sentía identidad con cada una de ellas, miraba yo sus paredes, sus columnas, olía el café que salía de sus cafetines y hasta tocaba las grietas de sus paredes viejas. Me sentía cuan discípula en la escuela peripatética de Aristóteles; disfrutaba caminar en los largos pasillos ¡Ay, qué recuerdos, siento que fue ayer! Despertaba soñolienta, pero bastaba entrar en el seno de cada una de mis universidades para empaparme de genio, juicio y alegría.

¿Todo fue así de sencillo? ¡La verdad no! ¿Pero, quién dijo que la universidad era fácil? Mis ojeras eran tan pronunciadas que parecían bolsitas llenas de bellas amatistas; aunque la realidad era que madrugaba haciendo mis tareas, ¿Pero les cuento algo? No había un placer más grande que el haber madrugado para luego recibir un buen aprendizaje y reconocimiento; bueno, el problema es que yo madrugaba más de lo que dormía, aunque luego entendí que era noctámbula, pues la musa llegaba a mí a la 1:00 a. m o 2:00 a. m; no obstante, el clímax de mi sabiduría y creatividad era de 3:00 a. m a 4:00 a. m.

Tampoco fui eximida de profesores estrictos, aunque con ellos también mantenía una muy buena relación. Siempre me imaginaba siendo profesora de alumnos brillantes, respetuosos y dispuestos a aprender; creo que esa fue la clave de mi éxito con cada uno de mis profesores ¡Unos sabios!

Reiteradas veces había escuchado decir “Estudia, Estudia y gradúate de la Universidad, solo así serás grande” pero creo que la frase ideal sería “Estudia, estudia, ama tu universidad, tus profesores y tu carrera, solo así retribuirás al mundo los conocimientos aprendidos como señal de agradecimiento hacia tu universidad”.

Nunca imaginé que la niña de 17 años que se presentó tímida en su primera clase universitaria ante sus compañeros, seis años después sería profesora de tres asignaturas importantes, como: Filosofía de la Historia, Bioética y Estética II. Tampoco imaginé que esa niña, la cual tocaba Viola en una orquesta académica haya podido hacerle honor al arte que ejecutaba: La Música.

Así es, la estudiante madrugadora de ojeras pronunciadas que obtuvo dos títulos universitarios es la adulta del presente que escribe este bello relato, para recordar lo fuerte pero espléndido que fue estudiar Filosofía en una universidad donde los filósofos de toda la historia daban genio a mis pensamientos; y qué tan deslumbrante fue haber recibido el título de Summa Cum Laude como Profesora de Música en una universidad donde los jardines eran escenarios perfectos para los más bellos conciertos que brindaban las chicharras, grillos y aves a los estudiantes circundantes.

¿Habré elegido bien mis carreras? ¡De eso estoy segura! Pero de lo que no puedo dudar, es que no pude elegir mejor lugar para ser lo que soy hoy, ¡Mis dos universidades! mismas que me hacen recordar siempre qué tan feliz fui en mi temprana adultez. Hoy, que me encuentro al norte alejada de mi país, hay algo que aún me une a la vida universitaria, aquel mundo que no pensé en dejar cuando opté por emigrar a Canadá; por ello, decidí convertirme con el apoyo de mis profesores en una de las primeras estudiantes de la Maestría en Arte Mención Estética que está realizando su carrera a distancia; estudio de posgrado realizado en mi segunda universidad que combina aquellas dos carreras de pregrado que atraparon mi mente y corazón cuando solo tenía 17 años. Así, mi vida académica no tiene un punto final, solo suspensivos, pues no hay nada más feliz y nutritivo que ser una eterna estudiante universitaria.